

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

CALAMIDADES PÚBLICAS.

Días mas tristes y azarosos bajo uno que otro especial concepto hemos atravesado los hijos del corriente siglo; ningunos empero como los actuales tan llenos en todos sentidos de afliccion y de zozobra. No hay relacion que no sufra, ni sentimiento que no padezca, ni interés que no se lastime, ni esfera en que pueda hallar consuelo el corazón ni descanso el pensamiento. Como hombres nos estremecemos ante la mas sangrienta y desastrosa de las guerras, que amenaza trastornar los fundamentos de la Europa y la seguridad de cada una de sus naciones con la ruina de la que pasaba hasta aquí por foco principal de su civilización; como católicos gemimos por el mas negro de los atentados contra el pastor supremo, que privándole del trono y aun de la libertad, pretende destruir su espiritual soberanía; como españoles nos dolemos y sonrojamos á la vez por los miserables destinos de nuestra patria, presa y juguete. (sabe Dios hasta cuando!) de ambiciones sin freno, de gobiernos sin principios y de complicaciones sin salida; como mallorquines doblamos la cerviz bajo el azote de la pestilencia con que por segunda vez en el espacio de cinco años nos visita el Señor, aunque hasta ahora menos rigurosamente, y deploramos quienes las molestias de la emigración, quienes la amargura de la soledad y la inminencia del peligro, y todos mas ó menos privaciones,

ausencias, cuidados, lástimas desgarradoras de paisanos y vecinos; que por mas que se sus-traigan á los ojos, perciben los oídos y traza la imaginación. Terrible primer término de un cuadro, aun sin esto en demasia doloroso, en cuyo fondo, á medida que se ensancha el horizonte, vemos aparecer interminable anarquía ó vergonzosa servidumbre para la nación; persecuciones encarnizadas y violentos despojos para la Iglesia, perturbación radical en el sistema político y hasta en la organización social de los pueblos modernos, y envueltos los confines mas lejanos en la bruma de un porvenir tenebroso y desconocido: que nada escluye sino la esperanza! Tétrico otoño el de 1870, cuyos morales trastornos y estupendos cataclismos contrastan con su desusado pendiente sol y con la desapiadada serenidad del cielo! Nunca á la caída de las hojas secas acompañó la caída de cosas tan grandes y de víctimas tan numerosas. Nunca como en la próxima conmemoracion de difuntos se habrán visto tan solitarias las iglesias de esta ciudad, ni tan abandonados los cementerios, ni tan desiertos de sus habituales visitas los sepulcros; pero raras veces se renovará mas viva su memoria en los dispersos habitantes, siguiéndoles á donde quiera estén; por las poblaciones rurales ó por las aisladas quintas, por los hogares ó por los campos; raras veces se habrán hallado en estos dias mas impregnados de muerte los pensamientos y de luto

los corazones. Nuestra calamidad local, aunque hasta hoy no haya tomado y esperamos en Dios que no tome ya proporciones desastrosas, forma consonancia con los males de la patria, de la Iglesia, del mundo entero, que al través de ella dejan sentirse á ratos hasta el punto de poner tregua á mas cercanas angustias.

Qué desgracia la de un pueblo que en las plagas que le afligen no vé sino la fuerza de un ciego acaso ó la combinacion eventual de mortíferos elementos, y no la mano paternal del Dios que hiere y sana! Truécase su impaciencia en desesperacion de habérselas con un enemigo impersonal é insensible, al cual ni puede ablandar con ruegos ni hacer objeto de su venganza; y con imbécil credulidad achaca sus quebrantos á la malicia de razas ó clases ó individuos determinados, segun la corriente predominante en sus odios y antipatías, que van seguidas á menudo de bárbaras violencias. Desamparado de superior auxilio y puesto frente á frente en lucha con la naturaleza, se adula su quimérico poder y se le empuja á colosales esfuerzos, para abandonarle luego á la inercia del fatalismo al reconocer su impotencia. El hombre no ha sido hecho ni para esclavo ni para dueño de la naturaleza; el dominio de ella está reservado á su autor, que la dirige y mueve, haciéndola servir á sus inescrutables designios. No es por tanto la supersticion ó la ignorancia de los pueblos la que en medio de sus infortunios les hace levantar al cielo las miradas. Bien sabemos los cristianos la esplicacion física ó por lo menos la procedencia inmediata de estas calamidades; pero al extremo del azote descubrimos la diestra soberana que lo esgrime, y lejos de cifrar nuestro orgullo en someternos á la vil materia mas bien que á la inteligencia suma, al mismo tiempo que empleamos todos los recursos de la actividad y de la ciencia humana para aminorar los estragos conforme á la autorizacion del que ha dicho *ayúdate y te ayudaré*, sabemos que tampoco y mucho menos han de descuidarse los medios conducentes para satisfacer su justicia y alcanzar su misericordia.

No cabe idea mas fecunda y moralizadora y mas adecuada para inspirar resignacion al par que solicitud de mejoramiento, que el considerar como espiacion colectiva las públicas desgracias. Si no hay persona que pueda llamarse inocente ante Dios y á quien no comprenda mercedamente el general castigo, ¿cuánto mas tratándose de ciudades, provincias y naciones? En toda sazon y lugar abunda el mal moral, es decir el pecado; y en todo lugar y sazon llueven con oportunidad los males físicos que constituyen á la vez su vindicta y su remedio. El porqué caen en un punto y en un tiempo mejor que en otro, es un secreto que la providencia divina se ha reservado, ni mas ni menos que el de la distribucion de sus gracias, no permitiendo que por el grado de la pena presumamos medir el de la culpa. «¿Creéis, dice el Salvador á cada leccion que nos ofrece su justicia, que los que murieron aplastados por la torre de Siloé eran mas delincuentes que los otros? Igual suerte os cabrá si no os arrepintiereis.» Nadie se aplaude ni blasone de justificado por hallarse exento del azote; nadie increpe ni agrave farisaicamente la falta del prójimo que lo sufre. Humildad, cuando descarga en cabeza propia; caridad, cuando lo vemos descargar sobre la ajena.

Pero en estas amonestaciones del Altísimo entra por tanto á lo menos la misericordia como la justicia. La tempestad purifica, la prueba regenera, la desventura concentra y une las voluntades poniendo su mira en la salvacion comun. Cotéjese el espectáculo de las habituales divisiones, rencillas y pequeñeces de la sociedad en tiempos ordinarios, con el acuerdo que de improviso se establece, con la energia y generosidad que amenudo se despliega en criticos apuros, y casi nos sentiremos tentados á bendecirlos. Al lado de repugnantes y dolorosas escenas que la confusion empeora y el espanto aumenta, mientras todo lo avasalla el instinto de la propia conservacion, brotan rasgos de desprendimiento, prodigios de caridad, heroicos sacrificios, á veces donde menos se aguarda; y aun sobre la generalidad se estiende una atmósfera de con-

miseración y de mútua benevolencia, que estingue los odios, disipa las prevenciones y aproxima entre sí las clases y los partidos. En ninguna ocasion se siente uno tan cerca de Dios para pedirle como á padre, y de los hombres para socorrerlos como hermanos.

Sin embargo no nos formemos ilusiones: estos sentimientos, este espíritu no son de caudal nuestro ni de origen humano; solo la fé los engendra y los sostiene. El catolicismo los ha traído al mundo; y si sobreviven á la estincion de aquel en ciertas gentes y en ciertas sociedades, es de la manera que sobreviven á la puesta del sol sus luminosos reflejos en las nubes, para desvanecerse en un momento. Sin sus creencias, sin sus afectos, sin sus esperanzas carece de título la fraternidad, de motivo la abnegacion, de estímulo y aliciente todo servicio no basado en el interés. Podrán permanecer sordos á su voz, doctrinas y consejos los que hacen profesion de seguirlos; podrán hablar mas alto, en unos la flaqueza, el cálculo en otros: pero sus enseñanzas se conservan por cima inalterables, y sus influencias nunca son estériles para un buen número de animosos. Si en la historia de las calamidades de los pueblos cristianos observamos á veces manchas de cobarde abandono ó de insensible dureza, si en los pasados tiempos echamos de menos á veces algo del buen órden y acertadas medidas que en algunos ramos, no en todos los de la salubridad pública, han acertado á introducir los adelantos modernos, no hagamos responsable de ello á la religion, á la cual fueron deudores de todo consuelo y alivio, y entre cuyos ministros han formado siempre escepcion de la regla los miedosos, como en las demás clases la forman los valientes. Si al revés en los que se precian de refractarios al ascendiente católico veis fortaleza, decision, sentimiento del deber, amor al prójimo en estos supremos trancees, no los creais cuando pretenden derivar su fuerza de un vano pundonor ó de un falso humanitarismo; son católicos sin confesarlo y hasta sin saberlo, obra en ellos á pesar suyo el evangelio que mamaron con la leche. Siempre y en todas partes será y ha sido cristiana

la caridad; siempre y en todas partes ha sido y será anti-cristiano el egoismo.

¿A qué combatir pues y socavar en circunstancias normales unas creencias, á las que en sus terribles crisis tiene que acogerse prácticamente la sociedad só pena de disolucion? ¿A qué repudiar en plena salud los consuelos que en la agonía habremos de invocar? Aventúranse los pueblos á prescindir de Dios en su prosperidad, pero jamás en su infortunio. Entonces se sienten bajo su poder discrecional, y... no hay alternativa; ó reconocerlo arrepentidos como David, ó blasfemos como Juliano.

J. M. Q.

MISION DE LA JUVENTUD CATÓLICA.

DISCURSO LEIDO

EN LA ACADÉMIA DE LA MISMA EN JAEN POR EL SEÑOR LECTORAL D. MANUEL MUÑOZ GARNICA.

Señores: en otro tiempo, bajo el imperio de otras costumbres, los ancianos eran la cabeza de la sociedad, los jóvenes eran el brazo. Llegada la hora de los combates, la juventud tomaba las armas; pero si era necesario resolver cuestiones importantes, se sometian á la deliberacion de los hombres maduros, se buscaba el consejo y la esperiencia de los ancianos. Siempre será de la mayor importancia la buena direccion de la juventud, porque la juventud ha de envejecer; y si primero es brazo, despues será cabeza, viniendo á caer en sus manos la suerte de la sociedad.

Esta era la regla general, la ley para los tiempos ordinarios, en dias mas sosegados y felices, que vosotros, miembros distinguidos de la *Juventud católica*, no habeis conocido. Entonces se tenia por ligereza seguir los consejos de la juventud, y la historia ha juzgado severamente á los gefes de los pueblos, que abdicando la suprema direccion de los negocios, prestaron oidos á la inesperiencia de los jóvenes y se dejaron llevar de sus ciegos arrebatos.

Pero los tiempos han cambiado: hoy corresponde á la juventud una parte principal en todos los asuntos; se respeta su iniciativa, y se espera mucho de su generoso aliento. Es una novedad que se ha introducido en nuestras costumbres, y no nos desagrada ciertamente, porque tiene á nuestros ojos una esplicacion satisfactoria.

El error ha envejecido entre nosotros con una rapidez asombrosa: en pocos años ha recorrido el círculo de todos los delirios que la mente pudiera concebir. ¿Cómo habrán quedado esas almas que siguieron el error en todas sus fases, y aceptaron las teorías más absurdas en todas sus aplicaciones? Bien claro nos lo dicen las desventuras que todos lloramos. Esas pobres almas han envejecido también, y no pudieran, á no hacer Dios un milagro, coadyuvar á la restauración de los principios sociales que las necesidades públicas y privadas reclaman con toda urgencia. ¿Quién hace caso de esa generación que blasfema, de los ignorantes que todo lo niegan, de los reformadores que todo lo destruyen, ó de los malvados que se abrogan todos los derechos? Si no puede haber sociedad sin religión, sin leyes, sin creencias, sin instituciones, sin costumbres; si no se concibe que pueda el hombre vivir racionalmente sin respetar las tradiciones, sin tener un poco de cultura, sin portarse con alguna decencia, sin amar la virtud, ó sin aquel grado de elevación moral que corresponde á la dignidad de su ser y á la alteza de su destino, ¿para qué podrán servirnos los groseros materialistas, los estúpidos ateos, los libres pensadores y la turba de socialistas cuya fiereza nos tiene horrorizados? Todo esto es muy viejo, señores: y si la sociedad no tuviera otros medios de que vivir, la sociedad perecería de seguro á manos de aquellos mismos que habían tomado por su cuenta la tarea de regenerarla.

Y perece á nuestra vista. Como esos ancianos que de pronto y á un volver de cabeza bajan de golpe algunos escalones y caminan más de prisa por la fatal pendiente, así nuestra sociedad de dos años á esta parte ha dado tan mala vuelta, que amenaza hundirse en el abismo. Menester es volver á los antiguos senderos y abrazar la verdad que todavía profesa este pueblo católico, tenido en mejores tiempos por el pueblo más sensato de la tierra. La verdad es siempre antigua y siempre nueva; las almas afligidas con estos ultrajes á la religión suspiran por su triunfo; y el pobre pueblo, víctima de groseros engaños, empieza á conocer que ha errado el camino. La verdad reaparece aun á los ojos de los que por algún tiempo la habían desconocido, y reaparece con toda su hermosura, con todos los encantos de su eterna juventud. Que si el error se lleva á los hombres corrompidos y gastados, ¿qué mucho que la verdad atraiga los corazones generosos, amantes de la virtud? Si envejecen y mueren en sus errores, en sus excesos y hasta en sus crímenes los hombres irreligiosos que de su impiedad hacen

gala, como si la impiedad no fuera deshonra, ¿por qué no han de vivir los que perseveran fieles á la religión y ayudan á propagarla con el ejemplo y con la doctrina? Si la moderna barbarie se organiza para rechazar el orden religioso y moral, haciendo cruda guerra á todos los principios constitutivos de la sociedad humana, ¿por qué la juventud católica no ha de salir á la defensa de la sociedad amenazada de muerte? Para ella son los combates, á ella le está reservado el honor de combatir y la gloria de vencer.

Sin duda hallareis justificada la parte que toma la juventud en la dirección de los negocios. Después de los trastornos y desastres que presenciarnos, fruto de las doctrinas más disolventes, esta pobre nación vuelve primero sus ojos á la Iglesia que tantas veces la ha salvado en los mayores conflictos, y luego á la juventud católica que representa las fuerzas más sanas del país y sin cuya activa intervención no se abreviarán los días de la prueba. Pero sabed, señores académicos, que de hoy en adelante no os perdonaremos la ligereza, la frivolidad, la inconstancia que en otras ocasiones solía dispensarse á la juventud: estais hace tiempo en posesión de una saludable iniciativa que bendijo y alentó la Iglesia en muchas obras de caridad y de edificación para vosotros mismos y para vuestros hermanos; y aunque no esteis desamparados, como tampoco lo estamos nosotros que tenemos padre y madre en la santa Iglesia y en sus pastores legítimos, por el hecho de concurrir con vuestras luces y vuestros esfuerzos á una obra tan seria y tan importante, estais obligados á pensar y obrar. Buena es la actividad, y laudable el celo; pero vuestra obligación es portaros con la prudencia y consejo de la edad madura.

Os lo digo con toda ingenuidad, y quiera Dios que la franqueza con que voy á insistir en mi propósito sea un rayo de luz que ilumine á los jóvenes que me escuchan, y les haga conocer la importancia de su misión. Yo no estoy dispuesto á ser indulgente con las inconstancias y veleidades, con las imprudencias y descuidos de los jóvenes que pertenecen á esta ilustre academia; porque (oid atentamente estas palabras que quizás no se os han dicho todavía,) vosotros teneis que enseñar á los hombres. Alguna vez los hijos tienen que enseñar á sus padres; alguna vez los jóvenes tienen que corregir con buenos ejemplos y sana doctrina los vicios y los errores de la ancianidad; y la generación presente sin duda ha recibido del cielo la santa misión de defender la verdad, oprimida por la tiranía de las sectas que desgarran las entrañas de la patria.

¡Qué destino el vuestro, señores! propagar la verdad con que nos libertó Jesucristo! vivir de la libertad con que nos libertó Jesucristo! profesar de palabra y obra las antiguas doctrinas, y ejercer para con vuestros mayores cierta especie de magisterio!

Aquí se advertirá un trueque de papeles que choca á primera vista; pero en el trascurso de los siglos se señalan de vez en cuando ciertos períodos de transición, en los cuales el orden natural de las cosas aparece invertido de esa manera. Cuando vino el Bautista ¿no fué para convertir á los padres á las doctrinas de sus hijos, como nos dice el Evangelio (1)? Y el divino Salvador ¿no decía á los hombres de su tiempo que sus hijos serian sus jueces? *Filii vestri ipsi iudices vestri erunt* (2). Pues esta es vuestra misión, señores: vosotros que teneis fé habeis de «traer los incrédulos á la prudencia de los justos,» como dice el evangelista san Lucas; de este modo «preparareis al Señor un pueblo perfecto.»

Nunca amareis demasiado esta sabiduría que nos ha sido revelada, y que la Iglesia de Jesucristo conserva en depósito. Amadla y buscadla desde vuestra juventud; escogedla por esposa y apasionaos de su celestial belleza (3). Las santas escrituras enumeran todas las ventajas que esta esposa divina os traerá en dote. Ella es rica en toda clase de bienes; y por ella, jóvenes como sois, obtendréis el respeto y consideración debidos á los ancianos. Si fuereis llamados á la vida pública, por ella ejerceréis en los pueblos saludable ascendiente; y cuando volviereis á la vida privada, por ella gozareis de reposo, porque su conversacion es siempre muy agradable, su compañía ahuyenta la tristeza, su trato no causa fastidio.

Siempre que los escritores sagrados hablan de la juventud, parece que su estilo se enciende; los elogios son escogidos, y las frases tienen toda la delicadeza y ternura de la poesía. *Electi juvenes*, así se nombra á los Macabeos. A otros jóvenes muy distinguidos y muy amados escribía el evangelista san Juan en estos términos: «Yo os escribo, jóvenes, porque sois fuertes, porque el Verbo de Dios permanece en vosotros, y porque habeis vencido al espíritu del mal (4).» De otro joven se cuenta en el Evangelio, que Jesucristo, despues de haberle oido

hablar, le miró y le amó: *Jesus autem intuitus eum, dilexit eum* (5).

Señores, acostumbrado á dirigir mi palabra á la juventud y tomar los conceptos de las santas escrituras, yo no sé permanecer indiferente en presencia de esta edad, que es por lo comun la edad de los nobles sentimientos, de las acciones generosas y de los gloriosos combates. Yo vengo á felicitaros porque sois fuertes: *scribo vobis, juvenes, quoniam fortes estis*. Sí, se necesita fortaleza para conservar la fé cuando tantos la pierden: hay fortaleza en continuar siendo hijos humildes de esta Iglesia tan maltratada, cuando tantos han perdido el espíritu de sumisión y docilidad para recibir con amor sus decisiones: hay fortaleza en conservar dentro de sí el verbo de Dios, cuando tantos se esfuerzan en su loca soberbia por borrar de sus almas el divino carácter que recibieron con el santo bautismo: fortaleza, en fin, se necesita para triunfar de vosotros mismos, permaneciendo fieles á la virtud y fieles á la verdad, venciendo al demonio del mal y al demonio de la mentira.

Voy á concluir haciéndoos una recomendación que me parece muy necesaria en las circunstancias presentes. No temo por vosotros aunque oigais á cada paso las blasfemias y horrendas imprecaciones de los que á boca llena se llaman ateos y materialistas: deploro el escándalo y me lastima el feroz desbordamiento; pero vosotros experimentaréis hácia esos ataques tan brutales de la impiedad la misma repulsión que experimentan todas las personas razonables y medianamente cultas. Á lo que temo principalmente es á este espíritu acomodaticio del siglo, tan fácil en aconsejar las transacciones mas ignominiosas. El bien y el mal, la virtud y el vicio, la verdad y el error, la fé y la incredulidad, todo se amalgama. Los conflictos entre el deber y la utilidad son una tentación y un peligro: y muchas veces, cuando se necesita rendir homenaje á la causa de la religion y salvar el honor de los principios, se zanja la dificultad poniendo á salvo los intereses. Qué dolor! pocos observan con constancia la misma línea de conducta; es cosa muy rara la virtud sostenida; falta este vigor de las almas que se consideró en todo tiempo como signo de virilidad y prueba de fortaleza.

Señores, sed fieles á vuestros principios. No obedezcais á esta afrentosa tendencia de vuestro siglo, sino reformad el siglo y acomodadlo, como dice San

(1) Luc. I. 17.

(2) Luc. XI. 19.

(3) *Hanc amavi et exquisivi á juventute mea: et quæsi sponsum mihi eam assumere, et amator factus sum formæ illius. Sap. VIII.*

(4) I Joan. II. 13, 14.

(5) Marc. X. 21.

Pablo, á la novedad de vuestra vida (6). Ojalá pueda decirse de vosotros lo que el historiador sagrado dice del noble hijo de Nephtalí: «Era un jóven, que separándose de sus compañeros cuando iban á ofrecer incienso á los ídolos, se encaminaba al templo del Señor para ofrecerle la flor y las primicias de su vida (7).»

Señores académicos, mis queridos amigos, que en esta época de prostracion y de universal abatimiento sea vuestra divisa la de aquellos jóvenes soldados que reunieron en su persona todas las glorias de Israel, como reunió Antíoco todas las ignominias. «Aunque todos ofreciesen sacrificios en aras del error, decia el esforzado caudillo de aquel puñado de valientes, yo y mis hermanos obedeceremos á la religion de nuestros padres (8).»

M. MUÑOZ Y GARNICA.

UN RECUERDO Á LOS DIFUNTOS.

(TRADUCCION DE LAMARTINE.)

I.

Ved secas las hojas, que en círculo ruedan,
Caer sobre el musgo perdida su gala;
Y al ave del mar con la punta del ala
Del lago dormido las aguas bender;
Y al viento elevarse gimiendo en el valle;
Y al pobre habitante de tosca cabaña
Las ramas escasas, que troncha su saña,
Por breñas y riscos en haz recoger.

Perdió sus murmullos el onda suave
Que vida y placer á la selva prestaban;
Y muda sin cantos abrigase el ave
Debajo de ramas sin hojas ni flor.

Alarga la tarde su mano á la aurora;
En círculo estrecho su curso el sol mide,
Y pálidos rayos á trechos despide,
Y dia se llama su luz sin calor.

Ni céfiros lleva ni fresco rocío
La aurora en las nubes do en ráfagas arde;
Sin brillo y reflejos brumosa la tarde
Su púrpura estingue en el cárdeno mar;
El mar solitario, desierto, sombrío,
Do buscan los ojos en vano un esquiso:
Escucha en gemidos el pardo arrecife
Pesadas y verdes las ondas sonar.

(6) Nolite conformari huic sæculo, sed reformamini in novitate sensus vestri. *Ad Rom. XII. 2.*

(7) Tob. I. 1, 6.

(8) Mach. II. 19, 20.

Y cede en despojos á agudas espinas
El tierno cordero su vello nevado;
Y en vano reclama á las yertas colinas
Balandando la oveja su antiguo festin.

No hay flauta que alegre con tonos campestres
De amor y contento majada y rebaño,
No hay yerba que viva... Así veis un año,
Así nuestros dias llegar á su fin.

Hé aquí la estacion en que todo fallece

Al impetu crudo del norte que zumba:

Un viento de muerte que sopla la tumba

Los vivos á miles arrastra tambien;

Y caen, cual plumas inútiles caen

Que el águila entrega á los aires perdidas,

Si al sol del invierno sus alas tendidas

De nuevo plumaje cubiertas se ven.

Entonces mis ojos en fúnebres lutos

Languiendo en el árbol, henderse, morirse,

Os vieron, oh tiernos, dulcísimos frutos,

Que Dios no dejó sazonar á la luz.

Tan jóven, desierto ya vivo en la tierra

Sin los que crecieron conmigo en un punto;

¿Do estan los que amaba? en torno pregunto,

Y al césped me vuelvo que cubre la cruz.

Su túmulo estéril está en la colina:

Miradlo; bien saben mis pies el camino...

¿Mas ellos, Señor, mas su esencia divina,

¿Ay! ellos, decidme, se encierran allí?

Al Índico clima si vá la paloma,

Nos trae respuesta volando sin calma;

Y pasan las naves, y vuelven; y el alma

De aquel breve trecho no torna, ¡ay de mí!

¡Ah! cuando allá silvan entre árboles muertos

De otoño los vientos, y lúgubres gimen

Doblando su copa los pinos desiertos,

Y el musgo entre escarchas ondula veloz,

Y da la campana que al alma desmaya

Tristísimos toques; al aura que llora

De noche en los bosques, al onda en la playa,

A cada son digo: ¿no es esta su voz?

II.

Vagas al menos si sus voces puras

A los sentidos de los hombres son,

Claros acentos, íntimos, al alma

Su alma murmura con oculto son.

Del corazon en la quietud despiertos

Do quier recuerdos se atropellan mil,

Cual secas hojas que revuelve el cierzo

Al pie del tronco que mecio su abril.

Ya es una madre á sus dispersos hijos

Arrebatada poco ha tal vez,

Que aun les tiende desde allá los brazos

Los que mecieron su feliz niñez.

Llanto se mezcla á su sonrisa vaga,

Los llama al seno que su cuna fué,

Pide su boca un beso, y su mirada

¿Os aman, dice, como yo os ame?

Ora una jóven desposada en vano,
Que el velo apenas conyugal ciñó,
Y una flor sola de su abril perdido,
Solo un recuerdo al túmulo llevó:

¡Ay! melancólica en el cielo mismo
Por ver su amado vuelve aun atrás:
Mi tumba verde está: ¿qué aguardas? dice;
En el suelo infeliz no me hallarás.

Ora un amigo en la niñez, que el cielo
Entre las sombras del dolor nos da
Para apoyar el corazón llagado...
Y muere, y viudo nuestro amor está.

Desde el descanso en la espinosa senda
Tierno nos sigue, y dice con piedad:
¿A quién, amigo, de tu pena ó gozo,
Si tu alma reboso, das la mitad?

Ora de un padre la amarilla sombra
Que nuestro nombre al espirar soltó:
Ora un hermano ó cariñosa hermana
Que un momento en su fin nos precedió.

Ayer felices con quien hoy les llora,
Ayer durmieron en mansion común;
Y que la carne de su carne ahora
Cebe al gusano, duda el alma aun.

Hasta el infante, cuya amable cuna
La muerte fiera sin calor dejó,
Que de los blandos maternales pechos
Al lecho frío del ataud cayó;

Todos aquellos cuya estinta vida
Nos arrancó del alma la mitad,
¿Os acordais, murmuran bajo el polvo,
Al ver la luz, de nuestra soledad?

III.

Lloraros son mis encantos,
Manes queridos y santos,
O en mis ojos no habrá llantos,
Ni en mi pecho compasion:

Olvidarse es á sí mismo
A vosotros olvidaros,
Olvidar los restos caros
De su propio corazón.

Avanzando al fondo oscuro
Y al horror de lo futuro,
Nos volvemos al sol puro
Que en lo pasado brilló:

Y nuestra alma, en dos mitades
Dividida al verse ahora,
La mitad mas bella llora
Que la lápida encerró.

¡Dios de perdon y consuelos!
¡Dios suyo y de sus abuelos,
A quien su lengua en los duelos
Tantas veces invocó!

Atiende, atiende por ellos
De sus hermanos al llanto:
Ya que nos amaron tanto,
De orar no cesemos, no.

Oraron ya con empeño
De vida en su corto sueño;
Al herirlos en tu ceño,
Sonriendo oraron mas:
Bendita tu mano sea,
Clamaron en su amargura...
¡Gran Dios, esperanza pura!
¿Engañásteles quizás?

¿Dónde moran entretanto?
¿Y por qué silencio tanto?
¿Nos tuvieran en su encanto
Olvidados sin dolor?

¿No aman ya?.. mas, te ofendiera
Pensamiento tan impío:
¿No eres tú también, Dios mio,
No es tu seno todo amor?

Mas á su lloroso amigo

Si le habláran cual testigo,
Cuán felices son contigo,
Si pudieran espresar,
Nuestro ardor de tus designios
El plazo adelantaria,
Y antes del solemne dia
Nos vieras á tí volar.

¿Dó viven sus almas bellas?

Y á sus párpados qué estrellas
Mas suavísimas centellas,
Mas eterna aurora dán?
¿O estas islas mil de luz
Multitud acaso puebla?
O meciéndose cual nieblas
Entre tierra y cielo están?

¿O ya en tu seno paterno
Nadan en amor eterno?
Han perdido el nombre tierno
Que en la tierra se les dá?

Nombres dulces, ó de hermanos,
O de amigos, ó de esposos?
¿A títulos tan preciosos
No responderian ya?

No, Dios mio, si la gloria
De su corazón la historia,
De los hombres la memoria
Les borrara cual pesar,

Entonces, si, que robados
A nosotros ellos fueran;
Nuestras lágrimas corrieran
Sin respuesta nunca hallar.

¡Ah! se anegue y siempre aliente
Su alma en tí, divina fuente;
Mas en su alma renaciente
Siempre guárdanos lugar.

Ellos de nuestro cariño
Vivieron en dias bellos;
¿Y pudiéramos sin ellos
Ventura jamás gozar?

Tiédeles, Dios soberano,
De clemencia blanda mano:
Han pecado, mas no en vano
Es el cielo un mero don;
Han penado, y estas penas
Veces hacen de inocencia;
Han amado, y ved la esencia,
Ved el sello del perdon.

IV.

Fueron un dia lo que ahora somos,
Ceniza á las tormentas arrojada,
Frágiles cual mortal, y cual la nada
Flaqueza y nada en sí.
Si sus pies resbalaron, si sus obras
De tu ley transgredieron un extremo,
No los mires, oh Padre, oh Juez supremo,
Nada mires en ellos sino á tí.

Si el polvo vil al tribunal provocas,
A tu voz en su nada ha de esconderse;
Si luz purísima en tus dedos tocas,
La luz te manchará:
Las columnas del mundo y de los cielos
Vacilarán, si tu ojo las sondeas;
Si dices, *sube y ante mí plétea*,
Su rostro la inocencia cubrirá.

Mas tú, Señor, tú, padre de los siglos,
De tu inmortalidad único vives;
La dicha que tú das, sin que te prives,
Tu dicha aumenta al par.
Nace, dijiste al sol; al tiempo, *cria*;
Y aun emana del astro el dia mismo;
Dócil la eternidad de rico abismo
Siglos á mil derrama sin contar.

A renacer en esplendor mas puro
Ante tí van los mundos que conservas;
Y jamás lo pasado del futuro
Separas en tu sér.
Vives y vives tú... tu mano encierra
Los tiempos en tus obras desiguales;
Las tres voces jamás de los mortales,
Jamás pronuncia, *hoy, mañana, ayer*.

Padre del universo, y vida eterna,
Abismo, manantial de nuestras vidas!
Nadie contigo se midió, no midas
Con nadie tu bondad.
Ah! coloca tu peso en la balanza
Cuando peses la nada, oh gran clemencia:
Triunfe al contemplarte tu escelencia:
Triunfe al perdonarnos tu piedad.

1º noviembre de 1859. J. M. Q.



CRÓNICA.

La *Gaceta de Roma* dice que el Papa prohibió tomar parte en la votacion del plebiscito, aunque fuera para votar contra la anexion.

Una carta de Roma publicada por la *Unión Católica* del 4 dice que en Roma italiana hay dos gobiernos, el de la junta y el de Cadorna, y que el uno no reconoce al otro.

En la Roma leonina no hay ningun gobierno, porque Italia dice que la ciudad leonina es del papa y el papa no manda ni quiere ejercer en ella autoridad.

El castillo de Sant Angelo está ocupado por 20 veteranos pontificios sin armas, y aunque comprendido en la ciudad leonina no enarbola la bandera del papa.

Su santidad ni acepta la ciudad leonina sin los 10 millones anuales que le ofrece Victor Manuel en compensacion de lo que le ha quitado, ni quiere salir á la calle y pasear por Roma, como desean los italianos.

Se habla con insistencia de una nota prusiana, á la que se piden esplicaciones al gobierno italiano sobre las garantías que piensa dar al mundo católico con respecto al poder espiritual del papa.

El *Bien Público* de Gante asegura que antes de verificarse el plebiscito en Roma, los embajadores estrangeros acreditados cerca de la santa sede, manifestaron al papa que pedirian instrucciones á sus respectivos gobiernos sobre la conducta que deberian seguir. Estas instrucciones les han llegado despues del plebiscito, y los embajadores continúan en Roma, lo cual segun aquel periódico significa que las potencias europeas no reconocen los hechos consumados en los estados pontificios. El gobierno italiano se propone pedir el reconocimiento de estos hechos en una nota circular dirigida á los gabinetes europeos.

Cartas llegadas de Roma, recibidas en Paris, anuncian que varios prelados españoles habian tenido que salir de la capital pontificia por haber decretado los invasores el 29 del mes último, que saliesen sin pérdida de tiempo todos los estrangeros sin distincion.

De manera que el llamado reino de Italia, cuyo soberano escribe cartas al papa llenas de protestas de su fe religiosa, considera que los obispos católicos reunidos en concilio ecuménico en la capital del catolicismo no son allí mas que estrangeros como cualesquiera otros.

Así se descubren las hipocresías de la impiedad.

Cartas de Roma dan cuenta de una porcion de atropellos cometidos por los italianísimos. El *Univers* publica una en que se dice que los servidores del papa que habitaban hace veinte y treinta años el Quirinal han recibido orden de desalojarle: el cardenal Clarelli que habita el palacio de la Consulta ha recibido tambien orden de abandonarle por completo. El monasterio de San Silvestre y la iglesia adjunta, cerca del Corso, van á ser sustituidos por un teatro: el Capitolio, monumento de Miguel Angel, parece malo y pobre á los invasores: Italia quiere renovar y decreta su demolicion, y tambien la de la venerable iglesia de Ara Coeli.

En la misma carta que dá estas noticias leemos:

«El convento de las señoras del Sagrado Corazon ha sufrido un inaudito registro. No es posible dar decentemente sus detalles. La visita duró cuatro horas. Los agentes del Sr. Masi pretendian que las religiosas eran hombres vestidos de mugeres. Estos agentes no han perdonado nada. Han entrado en todas las celdas, desbaratando los lechos virginales; todo lo han hollado, hasta los sepulcros de la iglesia. Mientras tanto la chusma penetraba en los sótanos y cocinas y se llevaban las provisiones. Ayer ha sido administrada una de las religiosas que se está muriendo á consecuencia del terror que la hicieron experimentar los agentes del señor Masi. Este de gran uniforme ha ido á dar sus excusas á la superiora, despues ha publicado un edicto arreglando la manera de hacer pesquisas.»